

raviloso, que no es posible explicar por causas naturales. Creo haber desvanecido las dificultades que le impondrían á V. el dar á nuestro argumento toda la importancia que se merece. Como quiera, estoy seguro de que no podrá V. echarme en cara que haya esquivado el tratar la cuestion bajo todos los aspectos, ni procurado disminuir en lo mas mínimo la fuerza de la dificultad, para no hallarme en la precision de deshacerla. Si no he podido avenirme con ideas que daba V. por recibidas, tampoco me he tomado la libertad de rechazarlas, sin aducir las razones en que me apoyaba. Tratando uno con escépticos, es preciso no mostrarse crédulo en demasia; y por consiguiente conviene no aceptar sin examinar, aun cuando sea necesario contradecir autoridades filosóficas que pasan por respetables. Mucho desearia que pudiésemos continuar discutiendo sobre los motivos de credibilidad; pero atendido el curso que va tomando la polémica, no sé si despues de haber andado V. primero por el infierno, y despues por los cadalsos de los mártires, otro dia se me plantará de un vuelo entre los conciertos de los querubines. Entre tanto, vea V. en qué puede complacerle este S. S. Q. B. S. M.

J. B.

CARTA VI.



Mi apreciado amigo: si no tuviera otras pruebas de la verdad que se encierra en aquella doctrina de los católicos, de que *la fe es un don de Dios*, no me inclinaria poco á tenerla por cierta la experiencia de lo que he visto en V., y otros que han tenido la desgracia de apartarse de la fe de sus mayores. Disputan, escuchan, al parecer con docilidad, hacen concebir las mayores esperanzas de que van á rendirse á la evidencia de los argumentos con que se los apremia, pero al fin salen con un frio *qué sé yo*, que hiela la sangre, y disipa de un golpe todas las ilusiones del fiel que estaba anhelando el momento de ver entrar en el redil la oveja extraviada. Así lo hace V. en su última; nada tiene que objetarme á lo que he dicho sobre la *sangre de los mártires*, confiesa que ninguna religion puede presentar un argumento semejante, manifiéstase satisfecho del contenido de mis anteriores con respecto á los varios puntos que formaban el objeto de sus dudas; y cuando me saltaba el corazon de alegría pensando que iba V. á decidirse, no

diré á entrar de nuevo en el número de los creyentes, pero sí á engolfarse mas y mas en la discusion con el deseo de hallar definitivamente la verdad, me encuentro con la desolante cláusula que me ha llenado de una profunda tristeza. « ¿Qué sabemos nosotros, dice V. con un abatimiento que me penetra el corazon, qué sabemos nosotros? ¡El hombre es tan poca cosa!.... volvemos la vista en rededor y no vemos mas que tinieblas. ¿Quién sabe dónde está la verdad? ¿quién sabe lo que será con el tiempo de esa fe, de esa Iglesia que V. cree que ha de durar hasta la consumacion de los siglos? Yo no desprecio la religion, veo que el catolicismo es un hecho tan grande que no acierto á explicarle por causas ordinarias; V. apela á la historia, V. me apremia á que le cite algo de semejante; ya le he dicho otras veces que no me agrada atrincherarme en impotentes negativas, que no me gusta resistirme á la evidencia de los hechos; pero ¿qué quiere V. que le diga? *no puedo creer*. Estoy contemplando la sociedad actual, y me parece que su inquietud está dando indicios de que el mundo se halla en vísperas de acontecimientos colosales; con una revolucion intelectual y moral debe inaugurarse indudablement la nueva era, y entonces quizás se aclare un tanto ese negro horizonte donde nada se descubre sino error é incertidumbre. Dejemos que trascurra esa época de transicion, que tal vez nuevos tiempos nos descifrarán el enigma. »

En medio de mi afliccion, no crea V., mi estimado amigo, que yo extrañe semejante lenguaje; no es V. el primero de quien lo he oido; pero permítame cuando menos que le haga advertir, que con sus palabras á nada responde, nada prueba, nada afirma, nada niega; no hace mas que desahogarse estérilmente pintando con pocas palabras el verdadero estado de su espíritu. Tiene

á la vista la verdad y no se siente con fuerza para abrazarla; se abalanza hácia ella un momento, y luego dejándose caer desfallecido, dice « *no puedo*. » Entonces habla V. de ese porvenir de que V. mismo se reía en una de sus anteriores, habla de esa *transicion* que no sabe en qué consiste; duda, fluctúa, aguarda para mas allá el resolverse, lo aplaza para los tiempos futuros, para esos tiempos, ay! en qué V. habrá ya dejado de existir!.... Triste consuelo! Engañosa esperanza!

Pero si V. desfallece, mi querido amigo, no debo yo desfallecer; Dios ha comenzado la obra, él la acabará; yo tengo un dulce presentimiento de que V. no morirá en brazos del escepticismo. V. dice que desea de corazon encontrar la verdad; persevera V. en su propósito; yo confio que no dejará de mostrársela el que vertió su sangre por V. en la cima del Calvario.

Bien se deja conocer que no estará V. muy dispuesto para recibir una contestacion que verse principalmente sobre asuntos puramente religiosos; el escepticismo del siglo ha vuelto á ejercer su ascendiente sobre V. de una manera lastimosa, y saliendo de golpe del terreno de la discusion se ha echado á divagar por las regiones del *socialismo* y del *porvenir*, hablándome de *transiciones*, de época *crítica*, y de no sé cuántas cosas por este tenor. Dicho tengo ya que le seguiré á V. por donde le pluguiere; si hoy no le gusta que tratemos de dogmas, los dejaremos á un lado; y toda vez que me habla de *transicion*, de *transicion* le hablaré yo.

Díjeme á V. en una de mis anteriores que no creía característico de nuestra época la transicion, y que esta habia sido comun á todos los siglos; por no poder convenir en que bajo este concepto, se verifique ahora algo que con mas ó menos semejanza no se haya verificado siempre. Pero cuando esto afirmo, hablo principalmente

de los pueblos que se mueven, nó de aquellos que helalos en medio de su carrera, permanecen fijos como estatuas al través de la corriente de los siglos. Si á estos exceptuamos, y dirigimos á los demas nuestras miradas, veremos en primer lugar, que los griegos y romanos vivieron en perpetua transicion. Nada tiene que ver el siglo de Dracon con el de Solon, ni el de este con el de Alcibíades; y ni á uno ni otro se parecen el de Alejandro y el de Demetrio. Y sin embargo estos siglos estaban muy cercanos unos de otros, lo que nos indica que la sociedad griega *pasaba* incesantemente de un estado á otro muy diferente. No es muy largo el espacio transcurrido entre Bruto que arrojó á Tarquino y Bruto matador de Cesar; pero véase cuántas y cuán variadas fases presenta el estado social y político de los romanos. Observaciones análogas podrian hacerse con respecto á otros pueblos antiguos; y aun por lo tocante á los que llamamos inmóviles, es menester no olvidar que nos son poco conocidos, que su historia íntima, la que nos retrataria sus ideas religiosas, sus costumbres domésticas, su organizacion social, su legislacion, ha quedado en la mayor parte oculta á nuestros ojos, sepultada en los escombros de los tiempos, sin que hayamos adquirido apenas otras noticias que las transmitidas por historiadores extranjeros, mas que un conocimiento muy ligero y superficial. La ciencia moderna se esfuerza en suplir este defecto, pero; cuán difícil no es acertar en la verdad, á tanta distancia de épocas, en lenguas tan poco parecidas, en ideas y costumbres tan desemejantes? Como quiera, todavía puede afirmarse que dichos pueblos han estado muy distantes de hallarse en completa inmovilidad; y que además de lo que sobre los mismos nos manifiestan las escasas noticias que de ellos poseemos, la simple reflexion sobre la naturaleza de las cosas es bastante para

inducirnos á conjeturar que los cambios y modificaciones han sido en mayor número de lo que sabemos, y de mayor importancia de la que nosotros calculamos; y que por tanto se ha verificado tambien entre los mismos el hallarse á menudo en estado de *transicion*.

Pero dejando los pueblos antiguos ó poco conocidos, y pasando á los modernos á contar desde la aparicion del cristianismo, saltan á los ojos el cambio y las modificaciones que incesantemente han experimentado; sin que sea dable pronosticar ninguna mudanza á la sociedad actual, que no se haya realizado equivalente ó mayor en las anteriores. Aun cuando diéramos por supuesto que se han de cumplir las mas exageradas predicciones de algunos socialistas, y poner en ejecucion los planes que nos parecen mas descabellados, no fuera mas diferente del actual el estado social nuevo, del que lo son los varios por donde han pasado los pueblos cristianos.

Si los hombres que vivian cuando la esclavitud era general, y se la consideraba como una condicion indispensable en toda sociedad bien organizada, hubiesen oido hablar de un estado semejante al que disfrutaban los pueblos europeos, no habrian acertado á concebir ni cómo podia mantenerse el orden público, ni distribuirse el trabajo, ni proporcionarse comodidades y placeres á las clases ricas; en una palabra, creyeran imposible que sociedades tan numerosas pudiesen subsistir faltándoles esa base, para ellos tan necesaria é imprescindible. Decid á un señor feudal encastillado en su fortaleza, que vendrá un dia en que todos sus títulos serán menospreciados, en que su nombre y el de todos los de su clase caerán en olvido, en que sus descendientes andarán confundidos en medio de los descendientes de esos vasallos pobres y desvalidos que mira con orgulloso desden, sumisos y humillados al pié de sus almenas, decid-

le que ese mismo pueblo se levantará contra él, y peleará por largo tiempo, y triunfará y llegará, á ser rico, poderoso, influyente, eclipsando todo el esplendor de sus señores, y llenando el mundo con la fama de sus hechos; decidsele, y os escuchará con asombro, y se imaginará que le referis cuentos de hadas, y que no le habláis de veras, ó que no estais en sano juicio. ¿Qué mas? No es necesario que las metamórfosis sociales las tomeis tan de lejos, para que parezcan increíbles; á esos nobles del tiempo de Carlos V y de Francisco I, á esos descendientes de los antiguos señores, que van trocando ya la independencía de sus antepasados en heroica fidelidad á sus reyes, que se van trasladando de los campos á las capitales, y caminan rápidamente á pasar de guerreros á cortesanos, anunciadles que dentro tres siglos no serán ellos los que ocupen los altos puestos del estado, los que guíen los ejércitos á la victoria, los que ejerzan las funciones de la magistratura, y que su voto en los grandes negocios no será considerado como de mas valer que el de los descendientes de esos plebeyos que riegan con su sudor las tierras, que ejercen los oficios humildes, y que reunidos en modestos gremios, parecen contentarse con la posición social que les ha cabido despues de la guerra de sus antepasados los Comunes; y bien puede asegurarse que esos nobles no os comprenderán, que no creerán nada de cuanto les pronosticáis; y por mas que os esforceis en mostrarles las señales que ya bien claras se divisan nó en mucha lontananza, pensarán que tomáis por una realidad las ilusiones de vuestra fantasía.

Trasladaos á la Europa de los siglos xi y xii, á la Europa de Suger y de san Bernado, y anunciad á los hombres de aquella época, que los ricos monasterios, las opulentas abadías que compiten en esplendor y magni-

ficiencia con los castillos de los señores feudales, desaparecerán con el tiempo, y que en épocas no muy remotas no quedarán de ellas mas que algunas ruinas, objeto de la curiosidad de los arqueólogos; que ese clero cuya influencia en todos los negocios es inmensa, y cuyo poder y riquezas no ceden á los de otra clase cualquiera, se verá limitado al recinto de los templos, despojado de sus privilegios, privado de sus bienes, escatimados sus derechos á la enseñanza, considerado el ministro de la Religion en la categoría del mas humilde ciudadano, si es que todavía no se le rebaja de este nivel, negándole lo que á todos se concede; anunciadles repito esa mudanza, y veréis como la dan por imposible, como no conciben su realizacion á no ser suponiendo que la invasion sarracena ha conseguido sojuzgar el poder cristiano, ó que nuevas hordas de pueblos desconocidos se han derramado por la Europa, y cambiado su faz. No alcanzarán á concebir que sin irrupciones de pueblos bárbaros, sin conquista de sarracenos, antes bien despues de su completa derrota, se llegase por el simple curso de las ideas y de los acontecimientos, á producir cambios tan profundos en la sociedad.

Todas las revoluciones que pueden sobrevenir, al fin no podrán llevar á otro resultado que á alterar la posición y relaciones de los individuos y de las clases. Supónganse las mudanzas que se quieran, y difícilmente se imaginará ninguna ni con respecto á la propiedad, ni á la organizacion del trabajo, ni á la distribución de sus productos, ni á la condicion doméstica, ni al rango social, ni á la influencia política, que sea de mas importancia y magnitud que las verificadas en los tiempos que nos han precedido. La *transición* ha existido como existe ahora; las naciones europeas han *pasado* incesantemente por diferentes estados, ó dejando completamente el que

tenian, ó modificándole de mil maneras hasta transformarle en otro que en nada se le parece.

Yo desearia, mi estimado amigo, que V. anduviese haciendo suposiciones hasta las mas arbitrarias y caprichosas, y las cotejase con los hechos históricos que nadie ignora, y estoy seguro que se quedaria V. convencido de la verdad de lo que acabo de establecer. ¿Se quiere suponer que las clases menesterosas saldrán del abatimiento en que se hallan, acercándose mucho á las medias, y aun á las superiores? Véase si los jornaleros de ahora, distan mas de sus dueños, que los esclavos de sus amos, y los vasallos de sus señores; es cierto que nó, y sin embargo, ni rastro queda en Europa de la antigua esclavitud, y solo se conservan leves vestigios del vasallaje, y los descendientes de los que vivian sometidos á estas condiciones, se hallan en la misma categoría que los nietos de aquellos que un dia se vieran colocados á inmensa distancia, así por lo tocante á riquezas, como á honores, consideraciones, y todo linaje de distincion y poderío. ¿Se quiere suponer que la propiedad sufrirá modificaciones profundas, que su distribucion estará sometida á leyes muy diferentes? compárense los siglos medios con el nuestro, parangónese, por ejemplo, la Francia de Carlo magno, con la Francia de Napoleon, la de S. Luis con la de Luis Felipe. ¿Se quiere imaginar una nueva organizacion del trabajo, sujetando á otras reglas al operario y al capitalista, alterando notablemente sus relaciones, y variando las bases actuales sobre la reparticion de los productos? Comparad al colono de ahora con el vasallo del señor feudal, al jornalero de nuestros tiempos con el esclavo de los tiempos antiguos. ¿La industria y el comercio deben estar en el porvenir sujetos á nuevas leyes que alterarán la organizacion interior de los pueblos y sus relaciones en lo exterior? Abrid nuestros códigos de co-

mercio, dad una ojeada á nuestros usos y costumbres sobre este particular, y cotejadlo todo con lo que estaba en práctica entre nuestros mayores. Por vasta que sea la escala en que estos ramos se desenvuelvan, por mayor pujanza y poderío que lleguen á adquirir, ¿distan mas del estado actual que el que dista este del en que se encontraban cuando la Iglesia en sus concilios atendia paternalmente á la proteccion del naciente tráfico mercantil? Las poderosas compañías comerciales de Francia, de Bélgica, de Alemania, de Inglaterra, de los Estados-Unidos ¿no le parece á V. que distan algo de aquellas carabanas de mercaderes, cuya seguridad en los caminos podian afianzar á duras penas las excomuniones de la Iglesia? no le parece á V. que en esto ha habido no pequeña *transicion*?

¿Y qué no podríamos decir, si atendiéramos á las mudanzas sociales y políticas, á la diversidad de posiciones que respectivamente han perdido ó conquistado las diferentes clases? Un abismo tan profundo nos separa de nuestros antepasados, que si ellos se levantaran del sepulcro, nada comprenderian de lo que estamos presenciando. ¿Dónde está el poder del feudalismo, de la nobleza y del clero? ¿Qué se hicieron las prerogativas, los privilegios, los honores que disfrutaban? ¿En qué se parecen los tronos de ahora á los tronos de entonces? ¿Qué tienen de semejante nuestras formas de gobierno con las antiguas? ¿Qué nuestra administracion? ¿qué nuestros sistemas de hacienda? ¿qué nuestras guerras, y nuestra diplomacia? Pensamos de otra manera, sentimos de otra manera, obramos de otra manera, vivimos de otra manera; nuestra condicion así particular como pública se ha cambiado tan completamente, que para comprender lo que fué, nos vemos precisados á hacer un esfuerzo de imaginacion, la que sin embargo solo es

bastante para ofrecernos cuadros muy imperfectos y descoloridos. ¿Por qué nos parecen tan poéticos aquellos tiempos, mi estimado amigo? ¿por qué figuran tanto en nuestra literatura? porque distan inmensamente de la realidad que tenemos á la vista.

Quiero yo inferir de aquí, que cuando se nos anuncian grandes mudanzas en la organizacion de los pueblos, no debemos resistirnos á creerlas por la sola razon de que nos parezcan muy extrañas; porque si bien se observa, la sociedad actual no dista menos de las anteriores de lo que distaria de la presente la venidera, en las varias combinaciones que se pueden concebir y ensayar. La inestabilidad es uno de los caracteres distintivos de las cosas humanas; y poco ha reflexionado sobre la naturaleza del hombre, poco se ha aprovechado de las lecciones de la historia y de la experiencia, quien pronostica demasiada duracion á lo que de suyo es tan flaco y deleznable. Que la sociedad esté bajo un poder revolucionario ó conservador, que se procure impulsarla ó detenerla, ella varía siempre, pasa sin cesar de un estado á otro, ora mejor, ora peor.

Esta alternativa entre mejor y peor, me lleva, mi querido amigo, á otra cuestion, á que segun se deja entender es V. un poco aficionado, como no puede menos de serlo, atendido el espíritu de nuestra época. Dícese á cada paso, que el progreso es la ley de las sociedades; que no se desvian jamás de ella, y que en medio de las mas terribles revoluciones y catástrofes camina la humanidad hácia un destino, que no sabiéndose cuál es, se tiene cuidado de cubrirle con un velo dorado. No seré yo quien desaliente el movimiento de la humanidad, disipando lisonjeras esperanzas; bien que tampoco puedo consentir que se establezca con demasiada generalidad y sin las correspondientes aclaraciones, una proposicion

que segun como se entiende, se halla en contradiccion con la filosofía, la historia y la experiencia.

Es muy frecuente hablar de perfeccion, de perfectibilidad, de ley de progreso, sin distinguir nada, si fijar nada; sin expresar si se trata de las sociedades tomadas en particular ó en conjunto; es decir, sin determinar si la ley cuya existencia se afirma, rige en toda la sociedad, ó tan solamente es propia del género humano, considerado con abstraccion de esta ó aquella de sus partes. A los que digan que el progreso hácia la perfeccion es la ley constante de toda sociedad, yo me atreveré á preguntarles, ¿cuál es el progreso que se descubre en el norte de Africa, en las costas de Asia, comparando su estado actual con el que tenian cuando nos daban hombres como Tertuliano, san Cipriano, san Agustin, Filon, Josefo, Orígenes, san Clemente, y otros que seria largo enumerar?

Esto no tiene réplica, así como por otra parte, nada prueba contra los que afirman que si bien esta ó aquella sociedad decae, la humanidad progresa, que la civilizacion transmigra, que unos pueblos adquieren lo que otros pierden, y que de esta suerte existe una verdadera compensacion. Así por ejemplo en el caso presente, se ha resarcido é indemnizado la humanidad de sus pérdidas en Africa y en Asia, con el inmenso desarrollo que ha logrado en Europa y América; pues si se contaran los millones de hombres que viven actualmente bajo un régimen civilizado, seria incomparablemente mayor el número á lo que era entonces; y si se añaden las ventajas que la civilizacion moderna lleva á la antigua, no solo por traer consigo un mayor y mas perfecto desarrollo intelectual y moral, sino tambien por ofrecer mayor suma de comodidades materiales, y disminuir sobre manera los males que afligen á la triste humanidad, será

tanta y tan palpable la diferencia que no será posible establecer siquiera un razonable parangón.

Confieso, mi estimado amigo, que estas reflexiones son de gran peso; y que á mi juicio deciden la cuestion, bajo el punto de vista histórico, considerando en masa la humanidad, y habida razon de las compensaciones arriba indicadas: por manera que tengo por demostrado que la humanidad ha progresado siempre, que su estado fue mejor en los siglos medios que durante la civilizacion antigua, y que actualmente se aventaja en mucho á la de todos los tiempos anteriores.

¿Cómo, me dirá V., es posible olvidar la confusion y las calamidades de la época de la irrupcion, y la tenebrosa ignorancia, la asquerosa corrupcion que la siguieron? ¿Podrémos decir que la humanidad del tiempo de Atila era comparable con la del siglo de Augusto? Yo creo sin embargo que esto, tan falso y absurdo á primera vista, es rigurosamente verdadero, y ademas susceptible de una demostracion tan cabal, que nada deje que desearse. La difusion de las verdaderas ideas sobre Dios, el hombre, y la sociedad, y las relaciones que entre sí tienen, la propagacion de la civilizacion á un sinnúmero de pueblos que antes vivian en la mas abyecta barbarie, la abolicion de la esclavitud, la extension á la generalidad de los hombres del goce de los derechos de hombre, esto se andaba realizando en la época de que tratamos, y nada de esto se realizaba en el siglo de Augusto; con perdon pues, de los manes de Virgilio y de Horacio, opto desde luego por los tiempos apellidados bárbaros.

¿Se sonrie V. de la paradoja, mi estimado amigo? ¿Imaginase tal vez que ni yo mismo creo lo que acabo de decir? Pues viva V. seguro que hablo de todas veras, y que mis palabras son la expresion de convicciones profundas. Ya indicaba en una de mis anteriores, que en

ciertas materias, quizás no llevaba V. tan lejos yo, el espíritu de exámen; y que estaba medianamente tocado de escepticismo; esto produce que en cuanto se me alcanza, no me dejo deslumbrar por nombres, ni por *opiniones recibidas*; y por mas seguridad con que oiga afirmar una cosa, me ocurre desde luego un *¿quién sabe?*... que me pone desconfiado y meditabundo. A pesar de todo, paréceme que difícilmente me absolverá V. de la blasfemia que acabo de proferir contra el siglo de Augusto; y así menester será alegar descargos. Escúche los V. sin prevencion, que al fin, no fuera extraño que se conformase con mi modo de opinar.

Yá la verdad, deslumbradores son los rayos de la ciencia, hechiceros los cantos de la poesia, seductor el brillo de las artes; pero si nada de esto sirve para el bien de la humanidad, si únicamente se limita á realzar el esplendor, y acrecentar y avivar los placeres de unos pocos que moran en opulentos palacios, comiendo del sudor del pueblo, disipando los tesoros que se han amontonado de las provincias estrujándolas con la mayor crueldad, ¿qué gana en ello el humano linaje? ¿Esta civilizacion y cultura son acaso mas que bellas mentiras? Hay paz, pero esta paz es el silencio de los oprimidos; hay goces, pero son los goces de unos pocos, y la abyeccion de todos; hay ciencias, bellas artes, pero prostradas á los pies del poderoso, no llenan su mision que es mejorar la condicion intelectual, moral y material del hombre; todo es vicio, prostitucion, lisonja; perezca pues todo, diria quien desde entonces pudiese extender sus miradas á los tiempos futuros; haya guerra, pero guerra regeneradora que ha de cambiar la faz del mundo, llamando á la civilizacion cristiana cien y cien pueblos bárbaros, destronando á la opresora del orbe, y dando principio á las grandes naciones que nos asom-

brarán con sus adelantos y poderío; haya calamidades públicas, que al menos no serán ni tan sensibles ni tan afrentosas como esa esclavitud que pesa sobre el mayor número de los individuos, que forman la sociedad antigua, y se andará preparando la era dichosa, en que para disfrutar de los derechos de ciudadano bastará ser hombre; perezcan, nada importa, las ciencias y las bellas artes, si están reservados á los siglos venideros genios prodigiosos como Tasso, Milton y Chateaubriand, Miguel Angelo y Rafael, Descartes, Bossuet y Leibnitz: hágase trizas esa civilizacion falsa, esa cultura raquílica que sancionan el monopolio de las ventajas sociales, y ceda su puesto á otra civilizacion y cultura mas grandiosas, mas espléndidas, y sobre todo mas justas y equitativas, que llamen á la participacion de ellas un mayor número de individuos, abriendo las puertas para que puedan disfrutarlas todos, en cuanto lo consienta la naturaleza del hombre, y de los objetos sobre que ejerce su actividad.

En pos de la irrupcion y undulaciones de los pueblos bárbaros, vino el feudalismo; sistema social y político contra el cual podrá decirse todo lo que se quiera, pero indudablemente fué un verdadero progreso, supuesto que erigiéndose por decirlo así, en soberanía la propiedad territorial, se asentaba un principio que modificado y corregido con el trascurso del tiempo, podia servir mucho para la organizacion de las sociedades modernas. Había desórden, opresion, vejaciones, males sin cuento, es verdad; pero al menos se comenzaba á establecer un sistema, se daba asiento á los pueblos vencedores, se arraigaba el amor á la vida agrícola y el respeto á la propiedad, se desarrollaba el espíritu de familia; y las inclinaciones del corazon encontrando objetos mas estables y apacibles se hacian por necesidad menos turbu-

lentas, se preparaban á la tranquilidad y á la dulzura. Malos como eran los tiempos de los siglos XII y XIII, ¿quién no los prefiriera á los que siguieron despues de la disolucion del imperio de Carlomagno?

Nadie negará que hasta principios del siglo XVI las sociedades europeas andaban mejorándose rápidamente; por manera que no verificándose en ningun otro punto del globo decadencia notable, ya que los demas pueblos puede decirse que en general permanecieron estacionarios, todavía debemos confesar que el linaje humano progresaba. Los grandes descubrimientos que tuvieron lugar en el siglo XV hacian esperar que en el XVI se inauguraria una era de prosperidad y ventura que rebosando en Europa, se derramaran por todas las regiones de la tierra. Desgraciadamente el cisma de Lutero vino á desvanecer en buena parte tan halagüeñas esperanzas, y las calamidades que han caido sobre la Europa durante los tres últimos siglos, podrian hacernos dudar de la proposicion que llevamos establecida.

Como quiera, aun llevando en cuenta los males acarreados por los cismas religiosos, y la incredulidad é indiferentismo que han sido su consecuencia, no me parece que pueda negarse que la humanidad en general haya carecido de la compensacion arriba indicada. Tomando las cosas en su raiz, es decir desde que Lutero y sus secuaces dividieron en dos la gran familia europea, debe considerarse que las sucesivas conquistas que ha ido haciendo el catolicismo en las Indias orientales y occidentales, resarcen quizás con ventaja, las pérdidas que en Europa ha sufrido la unidad de la fé. Si á esto añadimos que allí donde no se ha establecido la religion católica, al menos se han propagado algunas luces del cristianismo por medio de una ú otra de las sectas disidentes, lo que tal como sea siempre es muy preferible

á la idolatría y embrutecimiento en que estaban sumidos aquellos países, si atendemos á los progresos que allí mismo han tenido el desarrollo intelectual, moral y material del individuo y de la sociedad, resultará que aun dando á la historia de los tres últimos siglos en Europa los mas negros colores, la humanidad no ha perdido, antes se halla recompensada con usura.

Y no es verdad tampoco que la providencia haya de tal suerte castigado el orgullo europeo en los tres últimos siglos, que al propio tiempo no haya derramado sobre nosotros un raudal de inestimables beneficios. El país donde nacieron hombres tan eminentes en todos los ramos de conocimientos, que cuenta en todas las regiones asombrosos genios, y que bajo el aspecto de la religion y de la moral puede ofrecer un san Ignacio de Loyola, un san Francisco de Sales, un san Vicentè de Paul, y cien y cien otros de heróicas virtudes que realizaron sobre la tierra la vida de los ángeles, no puede quejarse que sea poco favorecido de la providencia, no puede lamentarse en medio de sus revoluciones materiales y morales, de que le haya cabido mayor parte en el infortunio, de la que caber suele á la desgraciada humanidad.

Esta última consideracion, mi estimado amigo, me lleva á examinar cuál es la causá de esta desazon que de continuo nos atormenta á los Europeos, y á cuantos han participado de nuestra civilizacion. A oirnos cual nos quejámos de la suerte, cual afeamos nuestra situacion presente, cual ennegrecemos el porvenir, diríase que suportamos mayor suma de males que ningun pueblo de la tierra; y aun comparándonos con nuestros antepasados, parecería que fueron mucho mas dichosos. Nunca hablaron ellos tanto de *transicion*, de *necesidad de nuevas organizaciones*, de *insuficiencia todo cuanto existe*,

nunca anunciaron como nosotros esa época que ha de venir realizando el siglo de oro, so pena de hundirse el mundo en un caos, precediendo una conflagracion espantosa.

Cada época ha sufrido sus males, y ha tenido mas ó menos cercanas mudanzas profundas; cada época se ha encontrado con necesidades ó del todo desatendidas, ó mal satisfechas; cada época ha llevado en su seno un gérmen de muerte para lo existente que debia ceder su puesto á lo que se encerraba en el porvenir. Añadiré ademas, que dudo mucho que los tiempos presentes deban en nada posponerse á los pasados, considerando los pueblos civilizados en general, y prescindiendo de dolorosas excepciones que por necesidad deberán ser pasajeras; y me inclino á creer, que no son mayores nuestros males, sino que se abultan en gran manera por dos motivos: 1º porque reflexionamos demasiado sobre ellos; semejante al enfermo que aguza sus dolencias haciéndolas objeto continuo de sus pensamientos y palabras; 2º á causa de que tenemos mayor libertad pura quejarnos, así de viva voz como por escrito, añadiéndose ademas que la prensa, no siempre con recta intencion, lo exagera todo.

Se habla por ejemplo de pauperismo; convengo en que es una llaga dolorosa y que merece llamar la atencion de todos los hombres amantes de la humanidad; pero lo que desearia saber es, qué resultado nos daría el mismo asunto, si lo examinásemos con relacion á los tiempos que nos precedieron. ¿Qué mayor, y mas doloroso pauperismo que la antigua esclavitud? ni en el número de los infelices, ni en el grado en su infelicidad, ¿es comparable aquel estado con el de las clases inferiores de nuestra época? Ya sé que algunos se han adelantado á decir que la suerte de los esclavos negros es preferible á la de nuestros jornaleros; no negaré que si

se consideran no mas que algunos extremos excepcionales, así en el bien como en el mal, si se toma un esclavo negro, á quien le haya cabido un amo racional, prudente, compasivo, que se guie por las inspiraciones de la sana razon y de la caridad cristiana, y se le compare con algunos de los jornaleros mas desgraciados, se podrá sostener quizás el parangon; pero ablando en general, y poniendo de una parte la masa de los esclavos negros, y de otra la de los jornaleros europeos, ¿será preferible la suerte de aquellos á la de estos? ¿podrá ni siquiera comparársele? no lo creo; y aun cuando no fuera dable señalar hechos positivos, que por cierto no faltan, bastaria la simple consideracion de la naturaleza de las cosas, para no quedar indeciso el juicio.

Cuando abolida la esclavitud en Europa le sucedió el feudalismo, durando largos siglos con mas ó menos pretensiones, no creo tampoco que la clase pobre se hallase en mejor estado del en que actualmente se encuentra: léase la historia de aquellos tiempos, y no quedará sobre esto ninguna duda. Figurémonos por un momento que las innumerables legiones de folletistas, periodistas y escritores de obras que actualmente inundan los paises civilizados, hubiesen aparecido de repente en medio del feudalismo, que hubiesen podido recorrer el castillo orgulloso señor, examinando sus cómodos aposentos, su lujoso aparato; que le hubiesen visto salir á una partida de caza, con sus briosos caballos, sus gallardos escuderos, sus innumerables perros, insultando con la riqueza de los aderezos la miseria y la desnudez de sus vasallos; que hubiesen presenciado las injustas exigencias, las arbitrariedades, la crueldad con que vejaban á sus súbditos; y supongamos por un momento que en las reducidas poblaciones que acá y acullá se andaban formando, y que conquistaban tan trabajosamente su independen-

cia, hubiesen aparecido por ensalmo las prensas de París y de Londres, y aprendiendo tambien de repente los pueblos á leer, se hubiesen hallado con infinitos escritos donde se narrasen y pintasen con los colores que suponer se dejan, las violencias, las injusticias, el destemplado lujo de los señores, y la opresion, la miseria, las calamidades de los vasallos: ¿no os parece que el cuadro resultaria negro, que un clamor general se levantara de los cuatro ángulos de la tierra, pidiendo venganza? ¿no os parece que se pondria tambien de acuerdo todo el mundo en que jamás fueron mayores los males de la humanidad, que jamás fue mas urgente aplicarle un remedio, que jamás fue mas necesaria, mas inminente una profunda mudanza en la organizacion social?

Volvamos la medalla, y miremos su reverso: imaginémonos, que en nuestro siglo callan de repente la prensa y la tribuna, que se desvia de la política la atencion pública, que no se piensa en las cuestiones sobre la organizacion social, que los amos se ocupan únicamente de sus negocios, los jornaleros de su trabajo, que nadie cuida de contar cuantos pobres hay en Inglaterra, en Francia y los demas paises, que no circulan las narraciones de los padecimientos de las clases menesterosas, con el cálculo de las onzas de pan ó de patatas que tocan al infeliz trabajador y á sus hijos, y con la descripcion de la triste y mugrienta habitacion en que se ve precisado á albergarse, y que con todo siguiese como ahora el movimiento de la industria, y se ocupasen los mismos brazos, y fuesen los mismos los salarios, y el mismo el precio de los alimentos y vestidos, ¿no es claro que nuestro estado social no se mostraria con tan negros colores, ni veriamos tan amenazador el porvenir?

Véase pues, mi estimado amigo, con cuánta razon he dicho, que nuestros males eran mayores porque pensá-

bamos demasiado en ellos, porque hay mil medios y motivos de recordarlos, de exagerarlos, y porque el estado actual de la civilizacion lleva necesariamente consigo el acto reflejo de ocuparse de sí misma. Y no crea V. que yo esté mal avenido con que se dé la conveniente publicidad á los sufrimientos del pobre, ni que desee que se imponga silencio á la clase que sufre para que no cause siquiera el padecimiento de algunas molestias y zozobras á la clase que goza; solo he querido indicar un carácter de nuestra época, señalando la razon de que parezca tener otras particularidades, que se le atribuyen como propias, no obstante de serle comunes con todas las que la han precedido. Que por lo tocante á las simpatías en favor de la clase menesterosa á nadie cedo; y respetando como es debido la propiedad y demas legítimas ventajas de las clases altas, no dejo de conocer la sinrazon y la injusticia que á menudo las deslustra y las daña.

Me inclino á creer que si V. no ha adoptado mis opiniones en todas sus partes, al menos convendrá en que no son para desatendidas, supuestos los argumentos en que las he apoyado; y estoy seguro de que en adelante se parará V. algo mas en el verdadero sentido de la palabra *transicion*, y no le dará tanta importancia como antes le concedia. Ciertamente no alcanzo cómo se ha podido meter tanto ruido con estas y otras expresiones semejantes cuando bien analizadas no se encuentra que signifiquen otra cosa que la inestabilidad de las cosas humanas; inestabilidad cuyo conocimiento no data ciertamente de los tiempos modernos.

Así, tampoco concibo cómo se atreven algunos á pronosticar la muerte del catolicismo, fundándose en que el nuevo estado á que van á *pasar* las sociedades, no podrá consentir ni los dogmas ni las formas de esta

religion divina; como si el mundo hubiese permanecido durante 18 siglos sin ninguna clase de mudanza; como si la fé y las augustas instituciones que nos dejó Jesucristo, necesitasen para conservarse de las obras del hombre.

¿Acaso la organizacion social del primer siglo del cristianismo, no era muy diferente de la del tiempo de Teodosio el Grande? ¿Acaso la Europa de los bárbaros se parecia en nada á la Europa del imperio? ¿Acaso la época del feudalismo se asemejaba á los trastornos de la irrupcion de las hordas del Norte, ni la prepotencia de los barones á la pujanza de la monarquía? ¿Acaso el siglo de Francisco primero, fue el siglo de Luis XIV, ni este el de Luis Felipe? Verificáronse en este espacio de 18 siglos, revoluciones colosales, pasaron sobre la sociedad europea vicisitudes innumerables, la vida pública y privada de los pueblos se modificó, se cambió de mil maneras; y sin embargo la religion permaneciendo la misma sin prestarse á ninguna de aquellas transacciones que la destruirian por su base, ha podido y sabido acomodarse á lo que demandaban la diversidad de tiempos y de circunstancias; sin hacer traicion á la verdad no ha perdido de vista el curso de las ideas; sin sacrificar á las pasiones la santidad de la moral ha tenido en cuenta las mudanzas de los hábitos y de las costumbres; sin alterar su organizacion interior en lo que tiene de inalterable y de eterno, ha creado infinita variedad de instituciones acomodadas á las necesidades de los pueblos sometidos á su fé.

¿Ignora V. estos hechos, mi estimado amigo? ¿hay en ellos algo que consienta ni disputa siquiera? Deje V. pues esas palabras vanas que nada significan, que solo sirven á nutrir con vagas generalidades ese fatal estado de duda y de escepticismo que es la verdadera agonía

